

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

Universidad Complutense, Madrid

Modos de una presencia. Valerio Máximo en su obra

Más allá de la pretensión programática de ahorrar tiempo al investigador en la búsqueda de los datos que pudieran ser de su interés, conforme a lo firmemente expresado por el autor latino en su Prólogo: *urbis Romae exterarumque gentium facta ac simul dicta ... ut breuiter cognosci possint ... digerere constitui*, que declara meridianamente su resolución de escribir una obra de alcance universal en la que quede reconocida la importancia de la acción y la del pensamiento, Valerio Máximo, en el desarrollo de la cadencia mantenida constantemente, ha querido irrumpir a lo largo de éste su relato, mediante distintos procedimientos, cuya función es, formalmente hablando, la de sostener plausiblemente el edificio narrativo, pero, dada la subjetividad que ponen de manifiesto, su irrupción quiebra la aparente monotonía del texto por mor de su estilo, generalmente de escaso vuelo, confiriendo, dentro de los límites que le son propios, al escrito un rigor y una fluidez, acaso insospechadas, que se ahorma gracias a los variados engarces con los que logra una organización del inmenso material usado y deja traslucir su postura personal de aprecio o de rechazo acerca de lo narrado. Bien mirado el asunto, estas circunstancias invitan a tomar en consideración el hecho de que los *Factorum et dictorum memorabilium nouem libri* pretenden ser algo más que una compilación sin alma y de retórica hueca. La no infrecuente tensión de continuidad y contraste en el sucederse de sus muchas “fichas”, si se nos permite esta expresión, parece apuntar hacia esto.

Al ser imposible, dentro de los límites de un artículo, enumerar y estudiar exhaustivamente todos y cada uno de los recursos y procedimientos utilizados, se esboza aquí un breve resumen de los lugares y de las expresiones empleadas por el escritor al efecto. Por descontado que las sumillas o prólogos que preceden a tantos libros y capítulos, son campo abonado para que los puntos de vista del autor se expresen y sirvan, a su vez, de pauta al lector. La proclividad retórica de estos pasajes, en principio, no excluye su sinceridad, supuesto que no dejan de ser palabra arriesgada que merece por parte nuestra desinteresada escucha. Ciertamente no encontramos en ellos el rigor de una interpretación filosófica o histórica, a diferencia de Salustio con su dualismo entre *mens* y *corpus* o, a otra escala, de Veleyo Patérculo con su tensión *ira/tranquillitas*, o de Tito Livio que en su voluntario alejamiento en pos de la serenidad interior, no rehuye la lealtad a los

principios de su particular “ley histórica” (*quae vita, ... qui mores, ... per quos viros ... quibusque artibus*), como tampoco el brío estilístico de Tácito quien con su brillantez dramática y penetración psicológica de ecos wagnerianos ilumina, sin imparcialidad, escenas y personajes. De entre estos prólogos menores, si vale calificarlos así, resaltamos por su coherencia arquitectónica el de IV, 1 en el que el autor introduce al lector en una nueva materia, la de la medida, que ha de configurar la interioridad de cada individuo (*ad saluberrimam partem animi*) supuesto que ella sola (*moderationem quae ... non patitur*) puede hacer frente a los desmanes procurados por su ausencia (*mentes transuersas inpotentiae et temeritatis incursum*) según queda verificado por los testimonios aducidos que, de una u otra forma, con su acontecer concretan el imperativo moral que obliga a convertir la teoría en comportamientos. Este tránsito se verifica, en otras ocasiones, con un itinerario diverso: así ocurre en II, 9 en el que de un hecho dado, el de la disciplina castrense, se llega al de la *censura pacis magistra* y, mediante el apremio de una pregunta, acaso retórica (*quid enim prodest foris esse strenuum, si domo male uiuitur?*), se pasa de esos comportamientos a la formulación del principio teórico, aquí el de la necesaria estabilidad dentro de una comunidad, cosa que ha de *nosse atque recordari*, o sea conocer objetivamente y hacerlo presente como urgencia moral en los adentros según sugiere el contraste entre la voz activa y media de los verbos. III, 8, por su parte, encarece la necesidad de imbricar inexorablemente teoría y práctica al elogiar tal tránsito: *constantiae repraesentatio ... ad effectum perducatur*. Esta congruencia nada ocasional en el escrito apunta hacia una opinión acendrada del autor siempre en pos de subrayar la necesaria ejemplaridad de todos y cada unos de los episodios por él referidos.

La exposición arquitectónica del autor queda plasmada mediante el uso de distintas categorías de palabras que, de cierta manera, vienen a ser el hilo conductor que propicia captar la razón última de lo leído sin confinarlo dentro de los límites de una pasajera anécdota. La presencia de ciertas partículas, por ejemplo, aporta determinadas características al texto, ya que, en consonancia con su función gramatical, lejos de ser vacías de sentido, significan plenamente las sutiles relaciones que otorgan congruencia y coherencia a toda obra literaria siempre situada en medio de lo tangible y lo intangible. Gracias a esta conexión de los distintos episodios, unos se remiten a otros logrando imbricaciones que originan pequeñas unidades de contraste o de continuidad (por ej. *item* en VIII, 5, 2 o *contra* en III, 7 9) o encarecimientos de un hecho concreto mediante términos como *merito*. Al elegir un ensamblaje determinado el autor descubre hasta cierto punto su alma como ocurre con el uso de las ilativas que Lucrecio hace, pues, consciente como es de lo que le va en ello, apoya en este tipo de conjunciones tanto el rigor como la plausibilidad de su fe filosófica a lo largo de su catecismo *De rerum natura*. Naturalmente palabras de otras categorías, dentro de sus valencias lingüísticas, facilitan al albedrío literario, unos notables logros de amenidad por la *uariatio* conseguida y de seriedad gracias al engarce adecuado con vistas a la inevitable ponderación moral de los ejemplos. La larga concatenación de episodios bien trabados, gracias y pese a sus mutuas

coincidencias y tensiones, que, tras el relato que lo encabeza, se sucede a partir del párrafo 2d de VI, 3: *idem, adhuc ... aequae, atque, ne ... quidem, id, aequae, sic, consimili, autem ... horum, quoque, nec aliter, iungendus est his, ceterum etsi, autem iam*, ilustra muy bien lo que venimos diciendo.

También dentro de lo que pudiéramos denominar presencia oculta de Valerio Máximo deben figurar las valoraciones morales que mediante adjetivos o adverbios, en especial al inicio del párrafo correspondiente, califican lisa y llanamente los comportamientos que se van a aducir (por ej. *Carneades laboriosus et diuturnus sapientiae miles* en VII, 7, *ext.* 5). Aunque muchas de esas estimaciones sean tradicionales, necesariamente no dejan de ser un juicio de quien escribe y, es justo decirlo, Valerio no desaprovecha ocasión de ganar al lector para su causa. Este procedimiento alcanza su zénit con la irrupción del grado comparativo o de expresiones ponderativas que hacen más evidentes el *climax* de alabanza o vituperio como atestiguan con sus variaciones peculiares los siguientes pasajes, entre otros muchos: *laudabile ... laudabilior* de I, 1, 3, *quanto nostrae ciuitatis uenerabilior* en I, 1, 15, *nimis liberalis Archytae moderatio, temperatior Platonis*, en IV, 1 *ext.* 2, *ext.* 5, *non tam atrox C. Fimbriae est factum et dictum, sed si per se aestimetur utrumque audacissimum*, en IX, 11, 2, *maioris aliquanto spiritus dux Q. Catulus* en IX, 12, 4, *hoc rege infelicio Alexander* en IX, 13, *ext.* 2, sin olvidar la introducción *quod sequitur* (*quod sequitur multo audacius multoque periculosius* en IV, 7, *ext.* 1). *Quam, nec minus, non paruus, nihil* y otras tantas expresiones de este tipo sirven indiscutiblemente al interés del autor por dejar bien armada una obra atenta por igual a la ejemplaridad y a la ordenación de los datos manejados.

En las conclusiones de distintos párrafos no es dable siempre deslindar la consecuencia propiamente dicha de lo contado o la apostilla personal del autor. Por rudimentarias o simples que sean, algunas muestran una agudeza notable como la exhibida al tratar de Agesilao quien consiguió con las suspensión temporal de las leyes de Esparta, que ellas, las leyes, prevalecieran: *itaque, ut semper esse possent, aliquando non fuerunt* en VII, 2 *ext.* 15. Otras, en cambio, resultan desafortunadas como *sed minus miror quod mulieres ...* en IX, 12, 2 que, de cierta forma, choca con la consideración mostrada hacia las mujeres en episodios como el de Armonía (III, 2 *ext.* 9) o el de Veturia y Volumnia (V, 1, 2). Por más que en muchos pasajes de este tipo quepan ambas interpretaciones, la objetiva y la subjetiva, parece que algunos finales cobren más entidad si se entienden como colofones propios del escritor, sirvan de ejemplo *uictor alioquin insolens, hoc imperio iustissimus insolens* (VI, 5, 7) o *abiecerat inimicum, eundem ... erexit uictoriamque in ipsa uictoria perdidit* (VIII, 1, 7); hay casos en que la precedencia de un verbo en primera persona y la copulativa usada no deja dudas al respecto: *nec dubito quin ... Saneque, ubi idem et maximus et honestissimus amor est, aliquanto praestat morte iungi quam distrahi uita* (IV, 6, 3). Por otra parte, un estudio de la baza jugada por *quo minus, quo, ut*, etc. acaso abonaría en muchos párrafos una preeminencia de lo objetivo: así *quo minus religionibus suis tenor suaque obseruatio redderetur* (I, 1, 8), *quo minus nuptiis inter se iunge-*

rentur (IV, 1, 9); en otros casos una opinión personal: pongamos *neque illi aut morum probitas aut respectus tot imaginum quo minus hac contumelia aspergeretur opitulata sunt*. (IX, 14, 3). Esta duda no alcanza a las enfáticas disertaciones que el autor henchido de sentimiento, no forzosamente falso, y de retórica algo exagerada, endereza al lector para subrayar acontecimientos o actuaciones como la contenida acerca de los prohombres patrios en II, 1, 10 o el vituperio de Sejano y la alabanza de Tiberio en IX, 11, 4.

Para implicar e impresionar el ánimo de quien lee su obra, Valerio Máximo acude a otros recursos tales como la utilización del imperativo, el cual subraya, a su manera, la obligada comunión que ha de existir entre autor y lector. El casi formulario *age*, atesiguado por ej. en II, 6, 6, III, 5, 2, VI, 2, 12, IX, 1 *ext.* 3 entre otros, confiere al texto ese carácter moralmente imperativo, que amén de imposibilitar una lectura distante y mecánica, revela una intensidad nada desdeñable cuando le es vecina la ponderación del historiador, como sucede con *age, quam grauius ...* de II, 7, 15 o *age quam prudenter* de VII, 2 *ext.* 2. Imperativos de mayor carga semántica sirven palmariamente a esta finalidad: *recognosce* (IV, 7, 4), *conloca* (IV, 7, *ext.* 2), *finge* (V, 3, 3), *detrahe* (V, 3, *ext.* 3), *explica* (VIII, 15, 3) *adice* (II, 3, 14). Dentro de este apartado también deben quedar registrados otros procedimientos con parecida intención de sugerir al lector (a quien se concede teóricamente una cierta parte activa o dialogal) cómo ha de entender el texto: así el uso impersonal de la segunda persona del singular en casos como *putares* (V, 1 *ext.* 2), *crederes* (VI, 4, 3), *nescires* (VII, 10, 2), la oportuna aparición de interrogativas directas e indirectas (no siempre inocentes) al igual que las exclamaciones que de una u otra forma subrayan la ejemplaridad buscada.

Este su doble deseo de organización y ponderación le hace sentirse dueño de su obra, más que un simple suma y sigue a sus ojos, y se siente con fuerza para extraer las distintas opciones posibles. Por ejemplo, la noción de similitud o identidad escalona la sucesión de episodios, ocasionando relaciones que ofrecen un cuadro más completo: valgan los siguientes pasajes, entre miles posibles: *eiusdem generis quod sequitur* en II, 7, 8; *eodem et uirtutis et pugnae genere usi sunt* en III, 2 6; *eadem pietas ... Africanum ... armauit* en V, 4, 3; *hoc loco apte referuntur* en I, 8, *ext.* 17; *hoc loci Leonidas ... occurrit* en III 2 *ext.* 3; *nec alio robore* en VI, 1, 3; *cuius exemplum superior Africanus secutus; aequae felicitis euentus* en I, 6, 1; *neque aliter* en VI, 5, 6; *nihilominus segnior* en VI, 4, 2; *nec minus voluntarius* en I, 8, 3; *consentaneum quod sequitur* en VII 1, absol. 3; *ut alium consentaneum huic ... actum transgrediar* en V, 3, 4; *consimilis adfectus ... notatus est* en IV, 6, 4; *parem iram ... destrinxit* en II, 7, 15. De esta forma cuajan unidades menores que armonizan el relato, a veces geográficamente hablando, *in eadem prouincia* (II, 7, 11), otras cotejan momentos de una vida, como acontece en VIII 10, 3 y 8, 10 *ext.* 1 respecto de Cicerón y Demóstenes.

Como es lógico la manera más frecuente de hacerse presente el escritor latino corre a cargo del uso de la primera persona del singular (alternada en *uariatio* con la primera del plural o formulaciones más o menos corteses o impersonales). La irrupción de *nescio* por incidental que sea, por inaugurar una relación entre el autor que pregunta y el lector

quien de una u otra forma responderá en sus adentros, no deja de testimoniar la exigencia ética que ha de conectar escrito y lectura a la hora de enfrentar estas narraciones siempre a doble vertiente, según quedó apuntado antes. Amén de los apuntes del relato del tipo *ut ita dicam* (I, 7, 8) y *puto* (V, 3. ext. 3) que a veces no quedan exentos de sentimientos arrebatados como el *quid dicam* de 9, 11, 7, y de aclaraciones cuyo alcance resulta algo superfluo (así *de quo loquor* de II, 8, 5 y *de qua loquimur* de VIII, 10, 3), encontramos numerosas apariciones cargadas de 'yo', si se permite decirlo así de esta primera persona, encabezadas por el programático *dicturus sum* del Prólogo. Se hallan en los arranques de los innumerables apartados de la obra: *ut ab incunabulis summi honoris incipiam* (IV, 4, 1); *atque haec teste Scipione Africano loquor* (V, 5, 1); *unde ... potius quam a Tullia ordiar ...?* en IX, 11, 1; en momentos de afirmación de su mero propósito de seguir contando o no: *duobus factis quae relaturus sum* (III, 2, 21); *adtingam ... externa* (1, 6, ext. 1) *quaeue facta ... ac dicta amplector* (IV, 1, 12), o *ut reliqua eius opera non exequar* (III, 2, 21); en ampliaciones del elenco con otros testimonios que quedan así especialmente destacados: *duarum puellarum casum adiciam* (III, 2, ext. 9); *iungam his duos reges* (VIII, 13 ext. 1) o *non inuitus huic subnecto Daphnitem* (I, 8, ext. 8). También echa mano de este recurso para introducir sus propias consideraciones (*neque ... huc puto malignitatis uentum ut*, III, 7, 1d), su responsabilidad personal si no citara determinados comportamientos y actitudes (*ne te quidem, Cimo, silentio inuoluam* de I, 7, 5), la duda (*nec dubito quin ...* en IV, 6, 3; *nihil est quod ulterius dubitem* en II, 8, 2) al igual que la admiración (*tantum ... fidei robur admiror* en VI, 8, 3 o *quo minus miror in Italiam transgressum* en VIII, 7, ext. 3) o el avance efectuado a través de la obra gracias al empleo de verbos de movimiento como si avisara de las diferentes etapas de la narración del relato o de un tránsito preciso dentro del libro *uenio nunc ad praecipuum decus* (II, 7) y *nunc ad senatus acta transgrediar* (VII, 2, 6), respectivamente. Igualmente figura en los finales de narración, así en V, 1 ext. 6 *locum qui inter manus est finiam* y en aquellos casos en los que ha de retomar el hilo del escrito a causa de algún excurso; pongamos ahora *redeo ... ad Romulum* (III, 2, 3), *ut ad Massiliensium ciuitatem ... reuertar* (II, 6, 9) y *ad externa reuertar* (VII, 3, 10): ejemplos ciertos de que el autor no se pierde en la barahúnda de testimonios aportados cuya adecuación o proporción le preocupa en ciertos momentos: *apte* (I, 8, ext. 17), *non absurde* (III, 8, 6) o *satis* (VIII, 13, 6 y IX, 5, ext. 1). Para más abundancia, los siguientes ejemplos atestiguan otras formas de hacerse presente Valerio Máximo: en IV, 1, 15 *mihī transire conanti* en II, 7, 6, *haesitante animo uso ... complector* (más patético, desde luego), que contrastan con el algo más neutro del Prólogo (*quoniam initium a cultu deorum petere in animo est*), que no desdeñan tampoco los efectos estilísticos según ilustra con su aliteración en *-m-* a *Ti. Gracho ... ad M. Marcello memoriam me trahit* (I, 6, 9). Algo semejante ocurre en casos en los que parece optarse por cierta objetividad a la hora de expresar la vergüenza (*piget taedetque* en II, 8, 7) o sentimientos encontrados, lo cual acarrea una ordenación emocional bien diferente de la puramente sucesiva (así en *vix iuvat abire a Publicola sed ad Furium Camillum libet* IV, 12), la obligación y el deber

(*iungendus Petronio Ser. Terentius est* de I, 7, 6; *otium ... subnecti debet* en VIII, 8), que pugnan con manifestaciones más acuciantes como en *Alexandri praeconium facere cogor* (V, 3, *ext* 1), o ante la consideración ineludible de nuestra responsabilidad moral: *ad summam, cum penes illam sit timeri, penes nos sit odisse* (IX. 2, pr.) en referencia a la crueldad.

Pero si estos registros quedan, por decirlo así, entreverados en el relato propiamente dicho, amén de su reconocida insignificancia, *mea paruitas*, en el Prólogo y las evocaciones autobiográficas, una acaso más diluida *qui ... census nostros numquam querellis uacuos esse sinimus* (IV. 4, 11), otra más viva supuesto que encarece el valor de su testimonio ocular *quam consuetudinem ... translata inde existimo quod illam in insula Cea seruari ... animaduerti* (II, 6, 8), su presencia más irrefragable es sin duda IV, 7, *ext.* 2 en la que queda plasmada su biografía herida: sinceridad y emoción se agolpan en el alma del escritor quien logra uno de los instantes más apasionados y por qué no conmovedores de las letras de la época, sobre todo por su índole apasionadamente subjetiva. Por inesperado que resulte el pasaje, se yergue ahí un yo que sufre pero no rehuye. En sus entrañas se entremezclan culpa (*grauissimo crimini obnoxius* si pasara *sine ulla mentione* el comportamiento de Pompeyo para con él), la amalgama de felicidad y de amargura procuradas por las vivencias mismas (*laetior uitae meae status uiguit, tristior adqueiuit*), el reconocimiento de benevolencia de su protector (*a quo ... ultro oblata cepi ... per quem tutior aduersus casus steti*), el sinsabor que los otros le acarrearón (*pau inuidiam quorundam optimi amici iunctura* donde chocan casi estruendosamente la generalización de *quorundam* y la concreción de *optimi amici*) y un juicio totalmente desfavorable de la condición humana que irrumpe peraltado por la implacable ironía de las junturas que se suceden (*diuites iacturis, locupletes calamitatibus, immortales funeribus*). Tan consciente es el autor de lo hecho que, a renglón seguido (IV, 8), se obliga, como disculpándose, mediante un uso ya apuntado, a retomar la primera intención de la obra, sin abdicar, por supuesto, ni de su lealtad ni de su deuda según atestigua la aliteración en *-p-*: *nostrum opus pio egressu ad proprium dolorem prouectum in suum ordinem reuocetur ...*

Otros muchos pasajes ejemplifican esta presencia, unas veces más enmascarada, otras menos según las circunstancias y las articulaciones en las que la obra se mueve o requiere, pero bastarán, confiamos, pese a su carácter aleatorio, los aquí aducidos a fin de que posibilitar un acercamiento menos convencional y más ajustado a Valerio Máximo quien se habría esforzado, porfiando con sus medianos medios, en lograr, según se dijo, un entramado no sólo formal sino también de sentidos y de significados, cuyos entrelazamientos configuran así una edificación moral en la que el autor, además de conducirnos por los vericuetos de la compilación, no ha querido estar ajeno de esa su responsabilidad, encartado como está en ella. Cosa nada extraña, por otro lado, en una literatura preocupada por las vicisitudes del yo, por más que algunas veces recurra a un soterramiento. Sin duda se entiende mejor la obra de César si su tercera persona se interpreta como un yo camuflado y la de Tácito si, hecho caso omiso sus protestas de objetividad, se lee a la luz de sus pasionales *ira* y *studium*.